

Por la noche volvió á ver á la señora Berthaud y le dió todas las excusas necesarias, que la buena madre recibió con dulzura, aunque sentía en su corazón una angustia incurable. Retirada á los piés de su crucifijo, se lamentaba á Dios diciendo:

—Mi pobre hijo va á volverse perverso: ¡quítadle, quítadle ya esta fortuna!....



X.

PODER DEL ORO.

Ya llevamos dicho que Octavio habia renovado sus relaciones con Enrique Clusaye su antiguo amigo. Entre tanto este, no bien supo la repentina fortuna de su compañero de colegio, no pudo reprimir un movimiento exterior de sorpresa, ni un movimiento de envidia en su interior. Habia hasta entonces apreciado á Octavio considerándolo como á igual suyo; pero al verle enriquecido, al verle colocado sobre el pedestal á que él procuró subir con mil penas, no lo juzgó ya como su amigo, sino como á un objeto de

enconosa envidia. Si; segun la negra máxima de La Rochefoucauld, algunas almas miserables encuentran una causa de secreto placer hasta en la desgracia de sus mejores amigos: sus dichas les deben inspirar un sentimiento de tristeza. Enrique poseia una de estas almas; pero Octavio jamás sospechó tal cosa, porque continuamente se veia rodeado de los testimonios de la mas afectuosa amistad de parte de su antiguo compañero. Así es, que persuadido de sus buenos sentimientos le pidió consejo para sus negocios, le hizo el depositario de toda su confianza, le encargó y nombró al fin como agente de cambio, donde colocó todos sus fondos.

Una mañana, Octavio y su anciana madre se desayunaban juntos: el diario se encontraba sobre la mesa: el buscador de oro lo tomó y fijó la vista en los anuncios, uno de los cuales llamó su atencion: lo leyó atentamente, y después le dió el papel á su madre diciéndola.

— Tened: el castillo de R.... situado en las orillas del Loira está en venta. Vos le conocéis, es sumamente hermoso: su posicion es encantadora..... tengo anhelo en hacer esta adquisicion.... Viviremos en el campo..... Este Paris me enfada ya.

— Es el mejor partido que podiais tomar. Octavio: yo espero que mas tarde aplaudirás tu pensamiento.

— Voy á escribir á Enrique que me guarde mis fondos. Me dará gran pesar si tan buena ventura se

me escapa de las manos.

El dia concluyó sin que Octavio hubiese recibido contestacion á su carta.

— ¡Es cosa extraña! dijo al anoecer. Quizá está malo Enrique: hace algun tiempo que no le veo! Mañana mismo iré á verle.

Al siguiente dia, Octavio, preocupado por el nuevo deseo que habia concebido llegó muy temprano á casa de Clusaye. Fatigado después de ocho meses de experiencia, de la vida ruidosa de Paris, deseaba el reposo de la campiña, los trabajos del campo, la existencia tranquila del propietario. Pensaba en su parque, en su invernadero, y en su granja se figuraba en su imaginacion todas las satisfacciones que iba á disfrutar en sus futuras posesiones á cuyo dueño habia envidiado tantas veces, y que, dentro de pocos dias, iban á ser suyas. En estos sueños, llegó á la puerta de la casa de Enrique: el portero le detuvo en el instante en que iba á subir, diciéndole:

— El señor Clusaye ha salido para un viaje bastante largo.

— ¿Qué es lo que decís? ¡Clusaye se ha marchado!.... ¿Pero á donde?

— Lo ignoro, señor.

— ¿Cuánto tiempo hace que partió?

— Diez dias.

— ¿Nada dijo, ni nada ha dejado para mí?.... para Berthaud.

—Absolutamente nada.

Octavio salió de la casa como si fuese víctima de un fuerte delirio. No comprendía nada de cuanto le pasaba y no se atrevía tampoco á llevar su pensamiento hasta el punto que casi entreveía.

Despidió su birlocho, y sin él, y á pié marchó por las calles, dominado de una agitacion nerviosa que aquel instante se enseñoreó de su imaginacion, de su voluntad y de su reflexion. De repente vino á encontrarse con otra persona que al verle exclamó con acento sorprendido.

—¡Berthaud!..... ¡eres tú!.....

Octavio alzó los ojos y reconoció en el que hablaba á un antiguo estudiante del colegio de Minas, su condiscípulo; el cual volviendo á tomar la palabra, le dijo con rapidez.

—¡Y bien!..... ¿sabes las novedades que hay?

—¿Cuáles?

—La quiebra de ese malvado Clusaye: no se habla de otra cosa: se ha largado, llevando segun dicen, una gran riqueza, y dejando un inmenso déficit.

—¡Se ha fugado!..... tartamudeó Octavio, sintiendo que flaqueaban sus rodillas.

—Sin duda alguna. En este instante se encuentra ya en alta mar. ¿Pero qué tienes?

—Tengo..... tengo, que esas riquezas con que se ha ido eran mías..... se lleva toda mi fortuna.

—En efecto, tu has venido muy rico de California.

¡Ah! yo siento mucho este contratiempo, amigo mio!

—¡Se fué!..... ¡se fué!..... ¡sin duda es todo un sueño!..... ¡un amigo de quince años!.....

—No sueñas, no: mira, estamos cerca del tribunal del comercio: entremos, y sabrás lo que ha hecho ese amigo de quince años.

Octavio se dejó conducir, y en pocos minutos supo con toda certeza la noticia de su completa ruina. Clusaye, cuyos negocios se hallaban emborrascados hacia largo tiempo, se ensayó en el agiotaje con los fondos de su confiado amigo: los cambios de la bolsa signieron siéndole contrarios: hostigado por sus acreedores, criticado por todas partes por sus trampas, celadas que él mismo se habia tendido, puso el sello á sus maldades dejando la Francia, y llevándose toda la fortuna que habia puesto Octavio en sus manos. Se sabia que se habia embarcado en un navío que marchaba para la isla Mauricio.

Al adquirir Octavio por sí mismo estas funestas noticias, se quedó abrumado de pesar, y en su incomprensible dolor repetía sin cesar:

—¡Un antiguo amigo!..... ¡Un amigo de la infancia!..... ¡Ved ahí el poder del oro!.....

Ya la desgracia volvía á inundar de dolor su alma; y le era mucho mas sensible la perfidia de un amigo de quien tanta confianza habia hecho que la pérdida de sus riquezas y de sus esperanzas.

Vuelto á su casa, no se atrevía á informar á su ma-

dre de lo que **había** pasado: la fiebre y la inquietud le agobiaban, y fueron al fin el origen de una larga y penosa enfermedad. En su delirio, hablaba ya del castillo donde **esperaba** vivir dichoso, ya de Cosne y de su agradable casita; y algunas veces dirigía algunos insultos á Clusaye á quien creía ver andar al rededor de su lecho; pero al fin su sana y robusta constitucion triunfaron de la enfermedad.

Despejada entonces su cabeza y despierta su razon, pudo cerciorarse de cuanto pasaba junto á él, y vió á su cabecera á su amorosa madre, á Fernando y á Eugenia. El desgraciado Octavio les alargó su seca mano diciendo:

—¡Ah, sois vosotros, queridos míos!... ¡Cuánto he padecido! ¡Cuán desgraciado soy! No he tratado mas que con malvados, y voy á volverme malvado como ellos.

—Dios y mis disposiciones lo dirán, dijo Fernando sonriendo.

—Sí: estoy arruinado, lo sé; pero no me causa pena el golpe que he sufrido, porque me parece que voy á ser mas dichoso pobre y trabajando.

—Si es así, puedo decirte sin temor, que el buque de Clusaye ha perecido, y que ninguna esperanza te queda.

—¡Desgraciado Enrique, el dinero corrompió su corazon! y yo... yo estoy completamente sano de mi fiebre y de mi ambicion.

Y lo estaba en efecto: de suerte que cuando su convalecencia fué perfecta, corrió á recobrar con todo afan su destino en los talleres de Cosne. Su inteligencia le aseguró una carrera honrosa; pero desde entonces temia á la fortuna tanto como la habia amado en otro tiempo.

Apreciaba la sencillez, tanto como la habia desdeñado; y gozaba satisfecho de los placeres que proporciona el trabajo y la mediocridad. Volvió á ser bueno en cuanto fué dichoso por su ocupacion; y hoy repite á menudo en medio de su familia, sentado cerca de su anciana madre y teniendo á su sobrino sobre sus rodillas:

—Aborrezco y desprecio el oro; porque estoy firmemente persuadido que es poderoso para el mal é impotente para hacer la felicidad del hombre.

